

Aproximación metacrítica a la conformación de una tradición crítica de la crónica modernista en los años '80

María José Sabo*



191-215

Resumen

El artículo propone un acercamiento metacrítico a la conformación, durante los años '80, de una tradición crítica específica para la crónica modernista. Para ello, toma como material de análisis tres estudios paradigmáticos: *La crónica modernista hispanoamericana* (1983), de Aníbal González; *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (1989), de Julio Ramos; y *La invención de la crónica* (1992), de Susana Rotker. A partir de la mirada metacrítica se propone dar cuenta de la relación estrecha entre la revalorización de la crónica modernista –y, a través de ella, la revalorización de materiales frecuentemente desplaza-

Abstract

This paper proposes a metacritical approach to the construction, during the 80s, of a *modernista* Latin American chronicle critical tradition. In order to do this, it considers three paradigmatic studies: *La crónica modernista hispanoamericana* (Aníbal González, 1983) *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (Julio Ramos, 1989) and *La invención de la crónica* (Susana Rotker, 1992). Following this metacritical approach, we will focus on the close relationship among the reevaluation of *modernista* chronicle, considering those materials traditionally excluded from literary criticism, the theoretical scenario of Cultural

* UNC – CONICET. Correo electrónico: merisabo@hotmail.com.

dos al margen de la crítica literaria—, el escenario de recepción teórica de los Estudios Culturales y los procesos de ajuste teórico-crítico que estos estimulan en la praxis de la región. La reconstrucción de estas interrelaciones permiten formular como hipótesis de lectura que la crónica modernista, en tanto género atravesado por la memoria de sus distintos abordajes críticos y debates del campo, devendrá dentro de este marco en espacio para la re-teorización de la crítica y, asimismo, para la reflexión en torno a una especificidad cultural latinoamericana que comienza a estar fuertemente ligada al ideograma de la hibridez.

Palabras clave

crónica modernista
metacrítica
tradición crítica
especificidad
latinoamericanismo
hibridez

Fecha de recepción

31 de agosto de 2014

Aceptado para su publicación

1 de marzo de 2015

Studies and their impact on the critical *praxis* of the region. The reconstruction of these interactions allows us to formulate the following hypothesis: since the *modernista* chronicle is a genre influenced by the memory of various critical approaches and debates, it will create a theoretical space for Latin American criticism and reflection on the Latin American specificity which is starting to be strongly attached to the idea of hybridity.

Keywords

modernist chronicle
metacriticism
critical tradition
specificity
latin americanism
hybridity

Partiendo de estos antecedentes, el artículo hace foco en la década del '80 por lo que esta reportó a la sustancial reconfiguración del valor de la crónica modernista, el cual contribuirá a forjar, por extensión, el valor de lo que comienza a denominarse la "crónica latinoamericana" (Rotker, 1992) como género representativo de las formas literarias de la región. Esta reconfiguración queda expuesta en tanto el género se torna aquí material significativo e inexcusable en el abordaje de determinados corpus nodales de nuestra literatura. Este proceso es correlativo a la reevaluación de la crónica como material literario, contrarrestando con esta operación crítica su relegación asidua hacia el afuera de la serie literaria. Cabe señalar que a su vez este ejercicio de revalorización no puede ser desligado de la reconceptualización con respecto a lo literario que pone a funcionar la recepción de los Estudios Culturales en la región, descimentando el "concepto restrictivo de la literatura" que regía sobre la praxis crítica, como señaló Antonio Cornejo Polar (cfr. 1999: 10), a partir de la apertura hacia el texto cultural.

Por ello, en la medida en que la recepción de los Estudios Culturales genera una serie de transformaciones profundas en la teoría, la crítica, en las instituciones y los marcos disciplinares, estos años funcionan como el escenario propicio para la construcción de una tradición crítica específica del género. Esta será entendida como abordaje sistemático, privativo y actualizado de la crónica, orientado a ponderar su singularidad e importancia dentro del sistema literario latinoamericano. Los trabajos que llevaron a cabo esta tarea fueron, centralmente, *La crónica modernista hispanoamericana* (1983), de Aníbal González; *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (2003 [1989]), de Julio Ramos; y *La invención de la crónica* (1992), de Susana Rotker. Estos serán los materiales principales a ser abordados en el presente artículo¹.

En estos años se evidencia con mayor contundencia la fijación y valuación positiva de determinadas propiedades del género, particularmente su hibridez, marginalidad, inestabilidad, fragmentarismo y heterogeneidad. Para las coordenadas teóricas filológicas y estilísticas de las tradiciones críticas anteriores, estos rasgos resultaban o ilegibles o problemáticos y amenazantes del ideal de autonomía de lo estético que regía sobre el campo. Por ello mismo, este proceso de identificación y atribución de dichos rasgos a la crónica, los cuales han marcado el camino de su reposicionamiento en el campo de estudios, no se produce ni de forma aleatoria ni indiferente al marco de transformaciones referidas.

¹ Sin desconocer el peso que tuvo en la revalorización de la crónica modernista el ensayo de Ángel Rama *Rubén Darío y el modernismo (circunstancia socioeconómica de un arte americano)*, de 1970, sin embargo, queda fuera de esta tradición en tanto Rama opera allí otras lecturas específicas del género en vínculo estrecho con el universo ideológico de los '70, las cuales darán un giro culturalista en los '80.

Podemos afirmar que la forma en que se dio esta captación significativa del género por parte de la crítica se debe al propicio diálogo que este establece –por el lugar de tensión que ocupa en relación a los materiales “más homogéneamente literarios” (Ramos, 2003: 29)– con dos procesos de mayor amplitud e interconectados. Por un lado, se relaciona con la revisión que en estos años lleva adelante la crítica de sus propios parámetros teórico-metodológicos. En este sentido, el nuevo estatuto crítico que adquiere la crónica se vincula a la movilización profunda que reportó a la agenda local el encuentro con los Estudios Culturales, activando la puesta en discusión de sus propias tradiciones de lectura y validación de los materiales y el replanteamiento de los marcos disciplinares que ahorman su práctica. Así, la forma en que se desarrolló el reposicionamiento del género en dichos años evidencia la relación estrecha con la capacidad de este de atravesar y a la vez solventar con su interpelante presencia las discusiones centrales de la agenda de los '80, y, en ese sentido, abrir en la praxis crítica un espacio para su propia teorización.

Por otro lado, la reconfiguración del valor del género establece un diálogo con el debate en torno a la especificidad latinoamericana enmarcado en el singular escenario de los años '80, es decir, un escenario atravesado por las tensiones inherentes a los procesos de revisión de la modernización latinoamericana, insertos estos a su vez en los debates internacionales y contemporáneos sobre la modernidad/posmodernidad. Se aborda, entonces, la reactualización desde el giro cultural del proyecto intelectual setentista, el cual entendió como necesaria la construcción de herramientas analíticas que proporcionaran al campo de estudios latinoamericanos un marco de abordaje capaz de dar cuenta de su especificidad². Un proyecto que, legándose y reestructurándose hacia los años '80, definió su direccionalidad a contrapelo de las representaciones estéticas juzgadas letradas³ en tanto institucionalizantes de un concepto de literatura acotado a las expresiones de la alta cultura. En esta línea de análisis, me interesa rastrear la conformación y el trasvase de ideogramas que se va produciendo, en la crónica, entre el proceso de especificación de las características mencionadas anteriormente y una forma de capturar teórica y críticamente la experiencia diferencial latinoamericana estrechamente vinculada a la afirmación de su hibridez cultural, propuesta así como constitutiva. En este sentido, enmarcada en el horizonte de lo críticamente legible de estos años, se presenta una idoneidad teórica, estética y política en la crónica en tanto material que, por su condición de híbrido, no solo se convierte en el epítome de una tipología de textos representativos de la región que subrayan su pertenencia a la tradición de la impureza, a la modernización desigual y a la autonomización endeble, sino que –por esta vía y en el marco del

² Proyecto encabezado por Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar, Alejandro Losada, Roberto Fernández Retamar, entre otros.

³ Cfr. Fernández Retamar (1995); Cornejo Polar (1982); Bueno (1989); Rama (2004).

clima de recambio y revisión de estos años–, adquiere un relieve político y social que excede los debates puntuales del campo de lo literario.

Ya hacia 1975, Roberto Fernández Retamar realizaba una defensa de estos materiales marginales ensalzando su importancia histórica y vinculándolos a una responsabilidad política concreta. La preeminencia en el campo literario latinoamericano de crónicas, testimonios, ensayos, relaciones, notas, es decir, formas que frente a la nomenclatura de los géneros del sistema europeo resultaban híbridas e inclasificables, daba cuenta para Retamar de las funciones “extraliterarias” que la literatura latinoamericana había tenido que asumir históricamente en su camino hacia la expresión propia (cfr. Fernández Retamar, 1995: 50-70). De este modo, llamaba a revisar radicalmente el objeto de los estudios literarios latinoamericanos cuando afirmaba que “la línea central de nuestra literatura parece ser la amulatada, la híbrida, la ancilar; y la línea marginal vendría a ser la purista, la estrictamente (estrechamente) literaria” (1995: 56).

Es factible así rastrear, a partir de estas relecturas a contrapelo del edificio de la crítica moderna, el reposicionamiento de la crónica como género idóneo a un contradiscurso de denuncia social, anticanónico, de reposición de lo marginal en el centro y de visibilización de sujetos acallados. En este sentido, también el gran cronista Carlos Monsiváis, al inicio de la década del '80, reforzaba en el género este mandato fuertemente político que comenzaba a gestarse, dejando establecido que “una encomienda inaplazable de [la] crónica y [el] reportaje [es] dar voz a los sectores proscritos y silenciados” (Monsiváis, 1997: 76). Un deber-hacer que lo inscribe políticamente en su presente.

El reposicionamiento del género, en particular de la crónica modernista, atraviesa la reapertura crítica del archivo de lecturas canónicas del Modernismo latinoamericano y en esta misma línea, también las lecturas de la modernidad latinoamericana como un proyecto que, a las puertas del siglo XXI, demuestra haber dejado a su paso un ancho margen de exclusión (de sujetos, de poéticas y políticas del discurso) (cfr. Ludmer, 1994: 7-24) que retorna como deuda. De la mano de esta desclasificación de lecturas –a través de la cual fue posible agrietar el discurso moderno progresista postulando, por ejemplo, una “modernidad desigual” (Ramos, 2003) y periférica (Sarlo, 1988; Rincón, 1989; García Canclini, 1990)– se *aggiornò* desde el enfoque cultural la exigencia epistémica de teorizar la especificidad cultural latinoamericana e incorporarla a los modelos heurísticos e interpretativos de la crítica: la reconceptualización de la especificidad en estos años estará entramada con los significados políticos y estéticos que va adquiriendo la hibridez.

Aunque desde siempre presente en las reflexiones del campo cultural y literario, esta especificidad es traída nuevamente a la escena de los '80 cuando la pregunta por “si se puede hablar de modernidad para América Latina” (García Canclini,

1990) propicia una reapertura crítica de sus lecturas tradicionales, en particular, la idea de un “modernismo latinoamericano sin modernización” (García Canclini, 1989) como prueba de modernidad fallida, inauténtica y/o transplantada. Dando cuenta del relevo de una bibliografía reciente, García Canclini identifica el peso que tiene para la lectura (local e internacional) de la cultura latinoamericana “la tesis de que los desacuerdos entre el modernismo cultural y la modernización social⁴ nos volverían una versión deficiente de la modernidad canonizada por las metrópolis” (1990: 40). Contra esta tesis de la deficiencia, la hibridez se establecerá como instrumento eficaz para reconocer y asir críticamente los procesos culturales singulares de Latinoamérica, desbaratando las prerrogativas del centro dador de las normas y, como afirma Jesús Martín-Barbero, “rehaciendo los modos de simbolizar los conflictos y los pactos desde la opacidad de las hibridaciones, las desposiciones y las reapropiaciones” (2001: 23).

Si bien la hibridez parecería no escapar al repertorio de conceptos de cariz resolutivo bien conocidos para la intelectualidad de la región, principalmente el del mestizaje –siendo esto, además, objeto de un intenso debate entre García Canclini y Cornejo Polar–, las ideas que va anudando y el rol analítico que la hibridez demanda ocupar en los años '80 dan cuenta de otras búsquedas que involucran también un “rehacer los modos de simbolizar” como afirmaba Martín-Barbero en la anterior cita (2001: 23), lo cual en varios puntos, la alivia de ese “aire de familia” con los otros conceptos y le otorga un anclaje singular en los imaginarios y agendas teórico-críticos de la década. La hibridez se propone en estos textos del período como metáfora o metalenguaje que busca pensar el texto híbrido de la modernidad latinoamericana. Para Martín-Barbero, siendo la “hibridación latinoamericana una característica propia” (2001: 17-18), se constituye en una herramienta para pensar “una diferencia que no se deja asimilar ni disolver por el modelo hegemónico” (2001: 18), desbaratando así la “tendencia a definir la *diferencia latinoamericana* en términos del ‘desplazamiento paródico’ de un modelo europeo configurado por un alto grado de pureza” (2001: 19)⁵. En tanto la hibridez desoye esa demanda de pureza poniendo en entredicho el mapa estratificado entre lo europeo y lo latinoamericano, articula lecturas políticas del rasgo. Me interesa, entonces, dejar sentado el entrecruzamiento analítico y metafórico que se va tramando entre una conceptualización de la hibridez latinoamericana (que sin embargo no llega a una formulación unívoca ni a estar exenta de polémica) y las relecturas de la modernización y el Modernismo literario durante estos años, a través de lo cual se reconfigura asimismo el modo de entender la especificidad de la región, y en particular, la de sus textos culturales.

⁴ En otras palabras, desacuerdo producido por haber tenido un “modernismo exuberante y una modernización deficiente” (García Canclini, 1989: 166).

⁵ Cursivas en el original.

En este sentido, resulta productivo trabajar la hibridez desde el concepto de "ideologema" que propone y revisa Edmond Cros (2003). A través de los aportes de Julia Kristeva a la noción y en el marco de una sociocrítica vinculada estrechamente a las propuestas bajtinianas, Cros define el concepto de ideologema desde un protagonismo concedido a la resonancia, la producción y la productividad de las palabras en el seno de un discurso social. Por ello, el ideologema es:

un microsistema semiótico ideológico subyacente en una unidad funcional y significativa del discurso. Esta se impone en un momento dado en el discurso social con una recurrencia excepcionalmente alta. El microsistema que se va instituyendo de esta forma se organiza en torno a unas dominantes semánticas y a una serie de valores que fluctúan según las circunstancias históricas (2003: 112).

Cros hace foco particularmente en la noción de ideologema por su "eficacia ideológica" (2003: 113), es decir, por la capacidad que posee de atravesar e impregnar diversas discursividades, activando una potencia de significación "no solo por lo que expresa, sino por lo que es y por lo que transcribe, por la manera como se combina con los demás signos" (Cros, 2006: 286).

Esta base conceptual permite acercarse a lo que podría ser pensado como una "estructura del sentir" (cfr. Williams, 2000: 150-158) de este momento cultural, registrando el trasiego de "lo híbrido" por entre el debate teórico-crítico de estos años (cómo incorporar las formas híbridas a una lectura de la cultura) y asimismo el debate político (direccionado en revisar el proyecto de la modernidad y en generar nuevas instancias de representación de aquellos sujetos desplazados de los grandes relatos de nación y asimismo, desencajados de la categoría de "clase social"). Permite captar asimismo la conformación de redes de significación con otros *semas*, centralmente la relación entre hibridez, impureza y margen (marginado en tanto híbrido, fallido), y cómo estas redes se inscriben en un horizonte de reconfiguración crítica y teórica de la cultura latinoamericana.

En esta instancia, la hibridez se emplaza como propiedad a ser relevada en ciertos materiales y –en la medida en que se entiende que está en los textos en tanto es la huella de una dinámica cultural mayor que la contiene y produce– también a ser integrada como clave de lectura de amplias coyunturas. De esta manera, este rasgo no solo corresponde a ciertos materiales a ser especificados como objetos de la crítica, la crónica en particular, sino que también da cuenta más abarcadoramente de la propia diferencia geocultural, experiencial e histórica latinoamericana ineludible en tanto matriz productora de formas heterogéneas y heterodoxas con respecto a la estandarización de los modelos críticos metropolitanos. Una diferencia que requería así, en el contexto de revisión del discurso de la modernidad, su reapropiación de forma productiva y culturalmente aseverativa

para la región, desactivándola en contrapartida como índice verificador de una falla a partir de la cual la cultura latinoamericana devendría mero eco deficiente y diferido de los países centrales.

De esta forma, el ángulo de lectura que busco construir para abordar estos años evita el modelo explicativo unidireccional del cual se decanta la conclusión de que el reposicionamiento del género ha sido posible gracias a una acción de rescate proveniente de la crítica. Por el contrario, me interesa pensar más bien en un sistema de solidaridades que es a la vez un campo de fuerzas. Este emerge en la intersección entre la crónica como género interpelante del aparato crítico, la propia crítica y su derrotero de reconfiguraciones, las agendas de debate, los escenarios de recepción teórica, etc.: estos múltiples cruces le dan a las operaciones críticas de esta década su singularidad y una complejidad que no podría quedar fuera del análisis.

Por otro lado, esta propuesta adquiere forma en la medida en que la perspectiva metacrítica sobre el género no ha sido demasiado trabajada. En general se ha abordado la crónica desde la línea teórico-crítica centrada en establecer las relaciones de contaminación, préstamo y desplazamiento entre discursos, géneros y soportes, vale decir, desde la problemática que supone un intento de definición del género y asignación de rasgos propios. Por otro lado, también se la ha abordado frecuentemente desde la cuestión de la representación de la realidad social y las otredades (Falbo, 2007; Bielsa, 2006; Muñoz y Spitta, 2003; Franco, 2002). En relación a estos abordajes, la perspectiva que propongo toma un punto más de distancia con respecto al objeto para abarcar así su propia constitución como objeto de la crítica. Hacer foco en este proceso, el cual en general queda como punto ciego del trabajo crítico, nos provee de una gran productividad teórica, crítica y metodológica para explorar formas de leer que articulen los debates estéticos, culturales y políticos en el horizonte del latinoamericanismo de las últimas décadas. Allí se busca reponer una densidad política a partir de pensar *en* y *con* la modalidad particular –los desplazamientos que genera, los debates por los que transita– en que la crónica se especifica como material para la crítica, en la medida en que esto comporta una puja de sentidos y una desestabilización de los marcos interpretativos e institucionales consensuados hasta el momento.

Relecturas. Abrir el archivo para pensar el presente

Cuando la crítica de los años '80 relee la crónica, o mejor dicho, relee el Modernismo a través de este género impensable por su carácter de menor con respecto a la centralidad de la poesía, también está, a la par, volviendo sobre sus propios pasos, objetivándose como constructora activa de un determinado estatuto de lo literario para el que, por varios años, fue necesario mantener mediana-

mente relegado este corpus de formas concebidas con una significancia inferior en tanto sobras circunstanciales de las obras más representativas del período.

Al respecto, al comenzar su ensayo *La invención de la crónica*, Rotker enmarca los objetivos del proyecto del siguiente modo:

La coexistencia de lo heterogéneo, de lo contradictorio, de la misma idea y sentido de *crisis de una época* como fractura, sugieren tomar el camino de lo desechado, de lo excluido y omitido por la institución del arte: el intento de acercarse al *borderline* de la crónica y tratar de entender así, incluso, la omisión misma (1992: 20)⁶.

Advirtiendo primeramente la necesidad de “tomar el camino de lo desechado, de lo excluido y omitido por la institución del arte”, lo que propone es entender, de forma concomitante, a la vez que la presencia insoslayable de la crónica en el Modernismo, también la omisión sostenida que la crítica y los modelos teóricos ha operado sobre dicha presencia, poniendo en evidencia el mapa subterráneo sobre el que se moldeó este régimen de visibilidades/opacidades sobre los materiales, esto es, la división entre alta/baja cultura:

Esta separación tiene como trasfondo por un lado, difundidos estereotipos acerca de la “literatura pura”, de los géneros o del trabajo asalariado como incapaz de producir obras de arte; y, por otro lado, el prototipo del arte verdadero como consumo reservado a las elites, en detrimento de lo que parece inherente a lo masivo (1992: 21).

La productividad metacrítica se pone de manifiesto cuando, al leer el objeto, se vuelve significativo inscribir en el propio discurso lo que críticamente a su vez también se hace con esa lectura: esto es proceder al revés de las formalizaciones teóricas e ideológicas de la institución literaria tomando el camino de lo que esta ha desechado. Enunciar esta decisión crítica que de manera directa se enfrenta a una tradición de lecturas, se vuelve parte del proceso de enunciación y rescate del género, ya que deja establecido el valor de su relectura como proceso destinado a conformar un objeto crítico. Se establece así que la crónica ya no es más el costado de otro fenómeno de mayor importancia, sino que posee especificidad propia.

El repliegue de la crítica sobre sus propias tradiciones de lectura, a través del cual pone a consideración su asidua inclinación hacia las formas más institucionalizadas del arte, se reviste de un carácter político que, si bien no estaba ausente en los '60 y '70, aquí se concreta en la búsqueda de canales de discusión y de refor-

⁶ Cursivas en el original.

mulación del vínculo entre la crítica, la teoría, la academia y los materiales de la cultura y sus sujetos productores⁷, pero en el escenario particular de pérdida de la eficacia explicativa de los lenguajes ideológicos que primaron en las décadas anteriores. Por ello, este proceso puede ser abordado en los términos de una re-politización de la relación arte, sociedad y crítica por la vía de la cultura, en tanto el significado mismo de lo político se reformula al entrar en crisis los históricos marcos doctrinales e ideológicos encargados de direccionar los cruces posibles y pensables entre estética y política hasta los '80, el marxismo principalmente. En este escenario, los Estudios Culturales se avizoran en el horizonte como un paradigma de relevo y rescate del estado de, como diagnosticó Ludolfo Paramio, "congelamiento" y "ortodoxia carente de relevancia para comprender la realidad de esos años" (1988: 8) que presenta el marxismo hacia finales de los '70.

Para Paramio, como para muchos otros intelectuales latinoamericanos, frente a este escenario políticos de los '80, el "nuevo marxismo anglosajón" representado por los Estudios Culturales será el que ofrezca "desarrollos teóricos capaces de superar los límites del marxismo clásico" (1988: 12) aportando una "indudable renovación, una vuelta a la teoría social, a lo históricamente concreto, frente a las elegantes divagaciones filosóficas, metodológicas y culturales que habían caracterizado en los años anteriores al marxismo occidental" (1988: 9)⁸.

Desde este ángulo de lectura es posible darle un encuadre de proyecto intelectual y político al trabajo de desafiación enfática que lleva adelante la crítica con respecto a los diseños modernos y artepuristas del canon latinoamericano, como así también, en tanto contraparte de este proceso, a su renovado interés por los productos de la cultura popular y de masas. Un proceso en el que se convocará de forma privilegiada a la crónica, como se anticipaba en el extracto citado de Rotker, absorbiéndola como una suerte de laboratorio teórico-crítico de formas de exhumación y reincorporación en calidad de contradocumentos de aquellos restos –escrituras, sujetos, estilos, géneros– de la Modernidad y de sus represen-

⁷ El trabajo colectivo, transdisciplinario e interdisciplinario, la incorporación de las prácticas, son algunas de las vías que empezaron a impregnar proyectos como los de Ana Pizarro.

⁸ No se pretende abordar la cuestión del marxismo en los años '80 de manera reductiva, por el contrario, es preciso dar cuenta que los Estudios Culturales son una discusión más dentro de este gran paradigma de pensamiento. Sin bien la tesis de Ludolfo Paramio (1988) sostiene que los Estudios Culturales vienen en esta década a "relevar" cierta ortodoxia en que el marxismo, desde su perspectiva, había caído, no puede reducirse este gran debate aun antes y un después de los Estudios Culturales. Aunque discutible, se toma la tesis de Paramio justamente por el peso que esta tuvo en el contexto político, crítico, intelectual latinoamericano, sin embargo no se desconocen las otras intensas discusiones por las que también el marxismo atravesó generando un impacto en el latinoamericanismo, tal como la llevada a cabo por José Aricó, por Ernesto Lacalu, entre muchos otros. Por ello, si bien los límites del objeto analítico del presente texto no permiten una inmersión más profunda en la cuestión del marxismo en los '80, es necesaria, aunque breve, esta salvedad realizada.

taciones críticas más selladas, orientadas de manera preponderante a la purificación del campo y a la exclusión de sus lenguajes “antiestéticos” (Ramos, 2003). La crónica, en tanto uno de esos muchos restos, se incorpora como material que permite el trabajo en los intersticios de la modernización desigual latinoamericana, con aquellas fugas de sentido que, al abrir paso a lo contradictorio, amenazaban con agrietar el friso de representaciones avaladas.

Estos retornos de ciertos materiales desdeñados por impuros hacen sistema en un imaginario cultural que, por estos años, gravita de forma marcada en torno a la hibridez latinoamericana, conformando así un ideograma y una red de sentidos junto a las nociones de lo desigual, lo heterogéneo, lo periférico y lo marginal. De este modo, la hibridez funciona como significativo condensador de una multiplicidad de formas de comenzar a trabajar, pensar, representar la diferencia latinoamericana, como expresaba Martín-Barbero (2001) desde una perspectiva política y cultural embarcada en la desafiliación respecto de los cánones esteticistas y letrados.

Entonces, la crónica no es aquí una pieza de museo inerte, olvidada y redescubierta de manera indistinta para cualquier escenario teórico, una pieza que así permitiría inocuamente a la crítica, por un lado, reponer densidad interpretativa en su relectura de los materiales, y por el otro, calibrar las herramientas teóricas disponibles para ello. Por el contrario, en la medida en que toda apertura de archivo convoca siempre un gesto crítico de alianza con lo no dicho y lo no decible en él⁹, se opera también un retorno significativo del género en tanto trae al presente su historial de tachaduras (estéticas, teóricas, de formas de representar) por cuyo envés comienza a ser posible en estos años rearmar otras tradiciones críticas ligadas a lo que ha quedado al margen de la alta cultura como reivindicación de otras vías de acceso y otras políticas de conocimiento en abordaje cultural. García Canclini propone “descoleccionar” (1990: 276) el estudio de la cultura, apuntando con este concepto programático al corazón de la cultura moderna plasmado en la conformación de grandes colecciones como lógica de ordenamiento, categorización y aprehensión del mundo. Desvincular la organización de los bienes simbólicos de la definición acabada de identidades y territorios (porque descoleccionar es también “desterritorializar” (1990: 276)), destinada a una conservación museística (1990: 276) es una forma de desacralizar de los espacios de la autoridad letrada para la cual conocer el orden es ya una forma de posesión (1990: 276).

Por ello, no puede comprenderse cabalmente la dimensión de estas reconfiguraciones en la crítica y en la forma de especificación de sus materiales sin ha-

⁹ Para Foucault (2005), el archivo es el sistema que regula lo decible en un momento y en un orden social dados.

cer referencia al cimbronazo epistémico y político que significó el arribo de los Estudios Culturales a la región en la década de los '80.

Los Estudios Culturales y la revalorización de la hibridez

Frente a la dominancia que denunciara Antonio Cornejo Polar (1992) de un “concepto restrictivo de la literatura” sobre el campo de estudios latinoamericanos, es decir, un concepto acotado a lo escrito, a lo culto, a la regencia del valor de la autonomía (belleza, esteticismo, pureza de las formas) y de las normas estéticas provenientes del sistema metropolitano occidental, el ingreso del paradigma de los Estudios Culturales tuvo la capacidad de movilizar desde un sustrato profundo esos modos en que venían siendo pensadas y abordadas las culturas y literaturas latinoamericanas, conduciendo a la crítica hacia una firme perspectiva local y a un compromiso con la especificidad de sus objetos. Se observará aquí una focalización en los materiales de la cultura popular y de masas y los cruces e hibridaciones entre sus distintas estratificaciones. Para Nelly Richard, emerge así un “conocimiento que empieza a tomar en cuenta lo disgregado, lo disperso y asimétrico, haciendo de ello una cantera de productividad teórica” (Richard, 2003: 11).

Como afirma Ana Pizarro –una de las intelectuales más comprometidas en la recepción de los Estudios Culturales–, la revisión de los parámetros teóricos desde la perspectiva culturalista abrió para la crítica un espacio de encuentro con un amplio “espectro de manifestaciones que desbordan la concepción canónica de ‘lo literario’ en términos de ‘bellas letras’, expresando la pluralidad de prácticas discursivas propias del registro cultural de América” (Pizarro, 2004: 44). Pero a la vez, ello también puso en evidencia la carencia “de un instrumental teórico-metodológico para otro sistema que no sea el elaborado hasta ahora de acuerdo con las exigencias de la literatura culta” (Pizarro, 1985: 20). Me interesa no perder de vista la idea de encuentro con lo propio que Pizarro no duda en conceder al camino de diálogo abierto con los Estudios Culturales, y cómo eso que emerge como propio, asimismo, se halla identificado con lo anticanónico, con las formas más próximas a las prácticas populares y a las matrices menores.

La decisiva reconfiguración conceptual que impulsara esta matriz teórica, y especialmente Raymond Williams al (re)definir la cultura como lo común, lo ordinario (Williams, 1979: 21-31), propicia una ampliación del repertorio de objetos que comienzan a estar en el radio de interés crítico, incorporando prácticas y materiales que no condecían con las definiciones restrictivas de lo literario, y a la vez socavando los criterios de distribución y exclusión entre alta y baja cultura, y entre el afuera y el adentro de los textos. El proceso de desjerarquización de las formas, géneros y prácticas que se pone en marcha en estos años le otorga una importan-

cia capital a los materiales híbridos en la medida en que estos dejan expuestos los cruces constantes entre estos órdenes, señalando la arbitrariedad de sus cortes y su uso político en representaciones de lo literario tendientes a compensar la energía desestructurante que los materiales concebidos como antiestéticos representaban para la idea moderna de literatura. De este modo, la potencialidad que provee la hibridez convoca a repensarla desde sus gúcos.

El denominador común en los Estudios Culturales desde los años cincuenta y hasta el Materialismo Cultural de los setenta y ochenta fue el sostenimiento de un espacio intelectual y teórico de compromiso social. Este se entendió vinculado al ejercicio de una crítica desestabilizadora del *statu quo* académico, es decir, como afirma Sarlo (1997), en contra de la versión canonizada de la literatura, centrada en el atesoramiento y transmisión vigilada de los clásicos en tanto aquellos textos que se ubicarían más allá de las luchas políticas en el espacio (re)sacralizado de lo que está separado de la vida y de la historia y, por tanto, eximido de sus contingencias. Lo que los Estudios Culturales señalan de manera incisiva es la relación entre esta sacralización de ciertos materiales, que los desliga de la cultura “común” (Williams, 2000), y la legitimación a través de ello, en primera instancia, de un corte elitista en la cultura –estableciendo la brecha entre lo bajo y lo alto– y la sutura de significados de clase (gusto de clase, arte de/para una clase) y de dispositivos de transmisión pedagógica que este opera y reproduce.

“La Gran División”, como la denomina Andreas Huyssen (2006), entre, por un lado, un arte elevado, auténtico, trascendente, separado de lo cotidiano y de la serialidad de las industrias del entretenimiento; y, por otro, una cultura popular y de masas pensada como copia, repetitiva y atrapada en la lógica mercantil –por ende, sujeta a su manipulación–, funcionó como el gran paradigma de inteligibilidad de lo estético durante buena parte del siglo XX (cfr. 2006: 5-15). Se trató de un ordenamiento dicotómico “organizado sobre la horma de una fuerte carga política” (2006: 43) y sobre la “ideología de la autonomía” (2006: 69). A ello, Huyssen lo denomina el “ethos del modernismo” (2006: 69), en cuyo sustrato se instituye una confianza en la trascendencia del arte en tanto compensatorio de las fallas de lo real. Por su lado, Raymond Williams (1997) se referirá a “la política del modernismo” (*modernism*), poniendo en un primer plano aquello que el propio modernismo, en tanto identificado con la alta cultura, buscó borrar: la indefectible inscripción política de esos mismos valores y decisiones críticas y teóricas que se proponen como dadas y ecuménicas. Para Williams, la política del modernismo estaría basada en criterios de “autoridad cultural” (1997: 53) y en operaciones de selectividad y canonización propuestos como universales, frente a la cual la tarea que nos demanda el presente sería una tarea de restregamiento crítico de lo establecido como norma cultural:

buscar y contraponerle una tradición alternativa tomada de las obras ignoradas, abandonadas en el ancho margen del siglo, una tradición

que pueda dirigirse no a [una] reescritura del pasado, ahora explotable a causa de su completa inhumanidad, sino, en nuestro propio bien, a un futuro moderno¹⁰ en el cual sea posible volver a imaginar la comunidad (Williams, 1997: 56).

Podemos rastrear esta política, como la denomina Williams, en algunas de las primeras teorías de la literatura formuladas en la región, en particular en *El deslinde* de Alfonso Reyes cuando advertimos allí la puesta en funcionamiento de un sistema de separaciones, cortes y selectividades que aseguraba al arte, a la “literatura propiamente dicha” (1944: 43), un espacio incontaminado resguardado de los usos del lenguaje cotidiano y de las formas menores, del mundo de las profesiones y de las matrices escriturales referenciales: una separación performativa que se instituye así en la fuente de su propia autoridad y sentido social. Reyes construía por esta vía la autonomía de su objeto, remitiendo a la literatura de forma directa a una función del espíritu. Es en este suelo teórico que arraigó el valor de la pureza de las formas frente al cual, evidentemente, la crónica y otras matrices no tenían cabida salvo funcionando ancilarmente a la gran literatura o en su contraste negativo.

Por ello, el lugar de contundente compromiso político en que los Estudios Culturales re colocan a la crítica, por un lado socavando el paradigma de las Bellas Letras y por otro, inscribiendo el análisis cultural en la arena de las luchas políticas que le son contemporáneas, fue uno de los aspectos de mayor impacto en el proceso de su recepción latinoamericana. Este adquiere mayor relieve dentro de una intelectualidad que, a nivel continental, debió enfrentar la insuficiencia del marxismo clásico para procesar el nuevo escenario político de los '80 (Paramio, 1988) marcado por el sentimiento de clausura de las promesas sociales de la revolución y la emergencia de actores sociales cuyas prácticas y demandas desbordaban la eficacia representativa de categorías como la de “clase social”, y que en el caso de las sociedades posdictatoriales, enfrentó el desafío de repolitizar aquellos espacios colectivos sustraídos por años al ejercicio de la ciudadanía.

De esta forma, los Estudios Culturales se vinculan a las búsquedas y agendas intelectuales específicas del continente desde una zona de intereses compartidos y orientados a fortalecer una posicionalidad enunciativa política¹¹.

¹⁰ También Huyssen coincide en la idea de no clausurar el debate de lo moderno, sino seguir provocándolo como documento abierto y sujeto a una reelaboración en el presente. El “Después de la gran división”, título de su célebre ensayo, se orienta por ello a revisar las energías olvidadas en los intersticios de esa modernidad para recuperar a partir de ellas un sentido de futuro y comunidad.

¹¹ Para Beatriz Sarlo: “[los] movimientos sociales y [los] estudios culturales fueron compañeros de ruta extremadamente funcionales a la transición democrática, por una parte, y al

La conformación de una tradición crítica

En el marco de las intensas transformaciones en la crítica anteriormente referidas, se publican los tres ensayos de mayor peso en la revalorización y reconceptualización de la crónica modernista: *La crónica modernista hispanoamericana* (González, 1983); *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (Ramos, 2003) y *La invención de la crónica* (Susana Rotker, 1992). Los tres abordan de forma exclusiva el género, invirtiendo así la distribución dominante de lugares entre la poesía y las demás textualidades del período: como dice Julio Ramos en el prólogo a su ensayo, “[para acercarnos al Modernismo] evitaremos la entrada principal al ‘interior’ literario; procederemos lateralmente, leyendo formas, como la crónica (...)” (2003: 27). Esta metáfora espacial a la que alude Ramos, entrada principal y lateral, ya la encontramos en Alfonso Reyes (1997) en la separación entre el centro y lo anclar como mapa organizador de los materiales literarios. Por ello, en el contexto de las transformaciones que venimos recorriendo, se emplaza como un límite o corte altamente productivo para pensar las operaciones de la crítica y adscribirlas a una política de la cultura y la literatura. Correr ese límite, contaminarlo o subvertirlo invocando lo ex-centrado, lo disperso y marginal, se transforma en índice precodificado de un complejo posicionamiento de la crítica con respecto al recorte de su objeto pero asimismo, con respecto a su propia genealogía de tradiciones críticas.

En este sentido, en los tres textos críticos hay un interés por revisar, a través del reposicionamiento de la crónica en tanto operación crítica que se sabe a contrapelo de los abordajes legitimados, el archivo de las lecturas que recortaron el Modernismo como objeto de análisis crítico. De este modo, Aníbal González (1983) advierte que “al releer la crónica y al traerla de vuelta al sitio importante que en verdad ocupó dentro del quehacer literario de los modernistas, tenía entonces que reevaluar algunos temas y problemas muy básicos acerca del modernismo” (1983: 1). Por ello, ya desde las primeras páginas, González entiende que este trabajo de exhumación de la crónica es al mismo tiempo un trabajo de desmantelamiento de otras tradiciones de lectura, las cuales fueron posibles en el marco de otras tramas institucionales, ocupándose así, a lo largo de su ensayo, de discutir con Octavio Paz, Ángel Rama, Max H. Ureña, Pedro H. Ureña, Noé Jitrik y Francine Masiello. A través de esa discusión se va entramando el propio argumento de su estudio. Por ello podemos decir que los textos mismos escenifican, en el sentido de teatralidad, de puesta en escena, el repliegue de la crítica hacia sus propias tradiciones de lectura, al traer hacia el interior de sus páginas un acopio de distintas voces intelectuales con las cuales entabla un diálogo extemporáneo en torno a los materiales y, asimismo, en torno a la crítica propiamente dicha

naufrago de las totalizaciones modernas, por otra” (1997: 34).

para evidenciar que, en tanto práctica discursiva, esta participa en la elaboración de representaciones de la experiencia latinoamericana.

Así, por su parte, Julio Ramos discutirá con Ángel Rama en desacuerdo con su conceptualización de los modernistas como escritores aún regidos por la lógica de la ciudad letrada, y con Pedro H. Ureña, revisando la idea de división del trabajo intelectual en tanto para Ramos esta se ha legitimado como marco explicativo tendiente a reducir el abordaje del período a “una simple cuestión de empleos” (2003: 93), a partir del cual la crónica ocupa el lugar de un mero suplemento de la modernización.

Por el reverso de estas tradiciones, el protagonismo que adquieren los materiales relegados da cuenta de una reconceptualización profunda de las dinámicas de los campos culturales y estéticos, de los puntos de intensidad por donde se procesa la sutura de sentidos de un período como, asimismo, la idea de que esos sentidos siempre se hallan en una red de tensiones en tanto la cultura no es algo que esté por fuera (determinado a posteriori o mero reflejo) de los disensos: los encuentros y “desencuentros” –como expresa el título del ensayo de Ramos– que se dan en la arena social, política, económica.

En su ensayo, Ramos señala:

Hasta fechas recientes, la historia literaria hispanoamericana –confirmando la institucionalización de la literatura como disciplina académica– tendía a demarcar los contornos de su objeto mediante una serie de cortes y exclusiones que generalmente privilegiaban, entre otras normas, la ley y “pureza” genérica. Antes de convertirse en objeto legítimo de reflexión y enseñanza –antes de entrar al sagrado recinto de la literatura–, los materiales debían ser sometidos a un cuidadoso examen y ajustados a la economía de un “saber” cuyas medidas de valoración eran, casi siempre, derivadas de los cánones europeos (2003: 187).

A contrapelo, advierte que “la confluencia y pugna de discursos que conforman un campo son irreductibles a los espacios perimidos, aunque canónicos, de los ‘grandes textos’” (2003: 255). De este modo, Ramos señala la potencialidad que provee el accionar una direccionalidad divergente en el abordaje crítico, esto es, salir del cerco de los materiales reconocidos para buscar sentidos insospechados en los discursos y formas que han quedado como su costado más contaminado.

La hibridez cultural recuperada como valor especificador, en tanto contrapuesta a la comprensión de los “cánones europeos” (2003: 187), es así un ideologema clave de estos años conformando un microsistema ideológico (Cros, 2003: 112) que transcribe sobre el plano legado de la ciudad letrada los procesos críticos

e intelectuales que se repiensa desde la tarea destituyente de su autoridad y su norma. En este sentido, lo híbrido se combina con otros signos ya sea por la resonancia que activa –como por ejemplo, con lo impuro y lo contaminado– como también por la figuración crítica de la espacialidad centro/margen que deja expuesta en tanto código de lectura a ser desarticulado: en este sentido la hibridez también se relaciona con lo marginal. Estos signos reiterados y puestos en vínculo en el imaginario crítico y social se orientan a interrogar la trama institucional de ordenación y catalogación excluyente de los materiales regida por una autonomía de lo estético, traducida en pureza de formas. Su interpelación es una posición estratégica crítica que, en alianza con este polo de la negatividad, también enuncia su propio desplazamiento hacia el margen para buscar y contraponer una tradición alternativa, como proponía Williams (1997: 56), en la cual sea posible articular otros sentidos de comunidad. Un interés notable en la recuperación de lo periférico y lo olvidado emerge en las dos últimas décadas del siglo XX, albergando un discurso crítico fuertemente identificado con la generación de un pensamiento en los intersticios de la modernidad y direccionado hacia una restitución de lo depreciado, la cual se concreta tanto en un trabajo archivístico de exhumación de materiales¹² como también en una relectura sobre lo ya leído. La nueva visibilidad de la crónica en estos años empieza así a conformar una amalgama de sentidos culturales y sociales que incluyen pero a la vez exceden el interés concreto por establecer las características e importancia del género en el período como, asimismo, por proponer una lectura más exacta del Modernismo latinoamericano. Aquí la crónica, por su tachadura en el archivo de lecturas críticas y por la modalidad de su actual revalorización, se fusiona a la intensidad y productividad política que lo marginal y lo híbrido adquirieron en la escena de recepción teórica de los Estudios Culturales y en el marco de afirmación de la condición periférica y desigual de la modernización latinoamericana y del texto cultural que esta escribe (Ramos, 2003; Rincón, 1989; García Canclini, 1990).

Esta condición de marginalidad disruptiva atañe en primera instancia a materiales culturales desplazados, pero también se hace extensiva para hablar de las resi-

¹² El nuevo “*corpus Martí*” que se conforma especialmente a partir del ensayo de Julio Ramos (2003) adquiere un relieve que en primera instancia es de cariz crítico y metacrítico al poner en evidencia el relegamiento que recayó, según la apreciación del propio Ramos, sobre una zona de su producción periodística. Ramos inicia su ensayo señalando que las *Escenas Norteamericanas* son “una serie de crónicas poco estudiadas” (2003: 30) y asimismo luego, que algunas de estas crónicas como *Coney Island* –aunque hoy muy valoradas gracias precisamente a este trabajo crítico– se hallaban “prácticamente olvidadas” (2003: 255). Pero en segunda instancia, tampoco es indiferente el discurso político que viene a reponer –no sin el ingrediente intempestivo de la anacronía– la voz del José Martí cronista en New York, especialmente dentro de las coordenadas intelectuales en que en los años '80 se desenvuelve la revisión del latinoamericanismo y la reconfiguración del proyecto de la izquierda por la vía de la cultura como referíamos al comenzar.

dualidades sociales que la ciudad letrada buscó sofocar lanzándolas a la periferia: aquellos sujetos y sus discursos borrados de los proyectos de Estado-nación. Contemporánea a estos años, la antología de crónicas que Carlos Monsiváis publica en 1987, *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, recoge esta conexión de sentidos que se establece entre el género de la crónica y la arena de lo social para dar cuenta de que el desplazamiento de lo hasta ahora marginado, en tanto implica una resistencia y desobediencia a esa marginación, es siempre inquietante porque opera una redistribución de los valores regentes en ambos órdenes de la representación; el de la estética y el de la política. En su prólogo, titulado elocuentemente “Lo marginal en el centro”, Monsiváis reclama dar a la crónica entrada libre al campo de los discursos sociales más significativos en paralelo a una entrada libre de los movimientos sociales populares a la escena política de los '80. Por ello, todas las crónicas que conforman el libro son el registro de manifestaciones populares¹³, escenificando así –y a la par, habilitando– este ingreso de los actores sociales desplazados de los discursos del Estado-Nación a la historiable y al presente (Monsiváis, 1987: 11-15). La crónica como género/soporte en contigüidad innata a los relatos de denuncia histórica de los desplazados –por su flexibilidad empática con el devenir del acontecimiento, su hibridez como irreverencia frente a los modelos escriturales letrados o su fuerza anticrónica– es la encargada para Monsiváis de llevar esas voces hacia la representación estética y, por esta vía, hacia la representación política. En la ciudad latinoamericana entendida como un “parto de la inteligencia” (Rama, 2004: 23), ambas representaciones emanan y se activan desde un centro: es la lógica concéntrica de la “ciudad letrada” (Rama, 2004). Mientras el centro se reserva para sí la norma del sistema y se identifica con la homogeneidad y la pureza, el margen es remitido a la hibridez, contaminación y amenaza deformante. Este mapa legislado a partir del principio distributivo de los cuerpos y sus relatos en un territorio y del principio contenedor de sus bordes (geográficos y discursivos), allí donde acechan la desidentificación y la ilegibilidad, es el mapa de los Estados-nación de la modernidad latinoamericana. Cuando en las últimas décadas del siglo este comience a resquebrajarse como otros de los artefactos de la modernidad, ese centro no solo será tomado por asalto por los sujetos y, como advierte Ludmer, por “los géneros literarios de los excluidos: sus textualidades, discursos y voces” (1994: 14), sino también reconfigurado a través de la crítica radical que estos comportan al propio criterio excluyente que los produce.

Esta potencia que tiene la marginalidad –deberíamos decir más bien de lo que, estando marginado, irrumpe, desordena e insiste en el presente– para poner en evidencia el vínculo entre el horizonte de las demandas políticas con el de los re-

¹³ Por ejemplo, algunas de estas crónicas se titulan: “Viñetas del movimiento urbano popular” (2001: 237), “La disidencia magisterial: los apóstoles se cansaron de serlo” (2001: 167), entre otras.

gímenes estéticos, se entrelaza en estos años a una manera de volver a leer lo latinoamericano desde la reafirmación de la diferencia con respecto a los meridianos históricos de producción/imposición de la norma cultural, económica, temporal y experiencial. Por ello, cuando Ramos recalca en su ensayo que “habría que insistir en la extrañeza irreductible de la literatura latinoamericana” (2003: 114), también está poniendo en entredicho el discurso de una modernidad que, como propone Carlos Alonso (1994), cuestionaba la autoridad del sujeto discursivo hispanoamericano. Si, como sostiene Silvano Santiago (1994), el canon cultural latinoamericano y las formas de la crítica literaria fueron ambos construidos por ese discurso de la modernidad, su crítica en el último final de siglo se constituye en una fisura por la cual comienzan a ser legibles otras discursividades. En este sentido, la reconfiguración del valor literario de la crónica modernista se haya en relación a los procesos locales de revisión crítica de la modernidad latinoamericana releída como experiencia específica (Rama, 1985), desigual (Ramos, 2003), periférica (Sarlo, 1988; Pizarro, 1991) heterogénea (cfr. Cornejo Polar, 2003: 145-215) y multitemporal (García Canclini, 1990; Martín Barbero, 2001).

La “modernización desigual” que Julio Ramos lee en la precariedad de los mecanismos de institucionalización, insuficientes para concretar el afán de autonomización de los escritores, explica para el crítico “la heterogeneidad formal de la literatura latinoamericana, la proliferación, en su espacio, de formas híbridas que desbordan las categorías genéricas y funcionales canonizadas por la institución en otros contextos” (Ramos, 2003: 27). Por ello, más adelante, Ramos amplía el alcance del concepto hasta hacer de él una forma abarcadora y privativa de experiencia literaria del escritor latinoamericano: “tal vez ese concepto de modernización desigual del sujeto literario contribuya a elucidar, más allá del fin de siglo [XIX-XX], la heterogeneidad formal y funcional de la literatura en América Latina” (2003: 110). En la cita, la expresión “más allá del fin de siglo” inscribe el pensamiento de la cultura en una nueva temporalidad de cruce entre las proyecciones (desde un pasado que continúa desarrollándose) y las huellas (que señalizan el encuentro con lo que ha quedado atrás y en estado de pérdida); temporalidad contraria al relato de clausura y superación que coetáneamente proponía el debate internacional sobre la modernidad/posmodernidad. De esta manera, la cita pone de relieve la orientación reflexiva de este proyecto crítico hacia un pensamiento sobre la modernidad anómala, desigual y periférica como experiencia fundante de una especificidad latinoamericana identificada con la persistencia de lo heterogéneo¹⁴ e híbrido a través del tiempo, marca plasmada en todos aquellos materiales difusos e impuros que han sobrevivido a los ordenamientos letrados y que, en este último final de siglo, se revelan portadores de las claves culturales

¹⁴ Antonio Cornejo Polar, en alianza intelectual con los marcos heredados del pensamiento de José Carlos Mariátegui, venía trabajando desde los '70 en esta línea de conceptualización de la cultura latinoamericana desde la heterogeneidad, principalmente con sus conceptos de “totalidad contradictoria” y “sujeto migrante” (Cornejo Polar, 1987).

para una relectura afirmativa de esa diferencia. En este sentido, la heterogeneidad e hibridez se prolongan en el tiempo como sustrato o impronta, conformando la base común de la experiencia latinoamericana y de los textos que ella escribe.

Llevado puntualmente al caso de la crónica, se advierte la recurrencia significativa de que tanto para González como para Ramos y Rotker –cada uno con distinta escala de énfasis– la crónica es el género fundante del campo literario latinoamericano, el que establece inauguralmente sus características y coordenadas desplegadas a posteriori (González, 1983: 76). Si para Ramos la crónica es la base del ensayismo latinoamericano (cfr. Ramos, 2003: 270-271), para González, esta impacta además sobre la narrativa del boom, la novela de la tierra y la novela de la revolución (cfr. 1983: 175-177)¹⁵. En tanto proto-forma, esta contiene seminalmente todas las otras matrices, las prepara y despliega, pero especialmente las alberga en tanto la crónica es aquí el género epítome de la hibridez constitutiva de la cultura de la región. González la propone como “el género fundante de la literatura latinoamericana” (1983: 175), mientras que para Ramos es “la condición de posibilidad de la modernización de la literatura” en Latinoamérica (2003: 124) y, para Rotker, cerrando este arco de lecturas, es una verdadera “invención” latinoamericana, como expresa el propio título de su ensayo, la cual recusa el paradigma de la copia, o como refería Martín-Barbero, la “tendencia a definir la *diferencia latinoamericana* en términos del ‘desplazamiento paródico’ de un modelo europeo configurado por un alto grado de pureza” (2001: 19)¹⁶. Rotker postula a la crónica como el primer género hispanoamericano (cfr. 1992: 102-105) en la medida en que detecta allí el discurrir de una voz propia y singular, que lo es en tanto está vinculada a la hibridez. Por ello, estas son “el nuevo modo de escribir en prosa en Hispanoamérica, un modo por fin independiente –en asunto y forma– de los moldes de España y Europa en general” (1992: 131) una escritura cuyo “sincretismo [es] tan peculiar que revela un lenguaje y una sensibilidad distintos” (1992: 131).

Por ello, correlativamente, lo híbrido se emplaza como índice privilegiado de una especificidad cultural. Julio Ramos se referirá a la “hibridez irreductible del sujeto literario latinoamericano” (2003: 309) en diálogo con la hibridez de la crónica, mientras que Néstor García Canclini, dándole mayor precisión teórica a través de un ensayo medular para estos años, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1990), incorporará la hibridez como herramienta descriptiva y explicativa de la singular conformación moderna latinoamericana, la cual

¹⁵ Afirma González: “Sin la aportación particular de la crónica modernista sería muy difícil concebir no sólo la ensayística (de raíz profundamente periodística) de un Reyes, un Borges o un Carpentier, sino los clásicos de la ‘Novela de la Tierra’ y de la ‘Novela de la Revolución Mexicana,’ e incluso, por supuesto, la narrativa del ‘boom’” (177).

¹⁶ Cursivas en el original.

operando como macro-horma experiencial, habría asentado formas particulares de interacción cultural (entre alta/baja cultura, cultura masiva, cultura popular).

En el rescate de lo híbrido, este deviene valioso en tanto ideograma que absorbe y apadrina distintos discursos que exploran formas de acercarse a esta especificidad latinoamericana, pero también en tanto referente de material menor, anómalo; estética y críticamente desatendido por los paradigmas teóricos de turno, es decir, en tanto material-documento que lleva inscrito su silenciamiento epistémico. Así, es posible que se emplace como cantera de cultura contrahegemónica en contigüidad empática con los lugares de enunciación marginales –como observábamos en Monsiváis– susceptible de dar cabida a un discurso crítico e intelectual en alianza con los escenarios sociales emergentes, en la reivindicación de lo popular a contracorriente de las matrices letradas. Un claro ejemplo es la reescritura que Eduardo Galeano efectúa a lo largo de los años '80 de toda la "Historia" latinoamericana a través de la crónica como matriz que da hospedaje a lo menor, a las voces populares, marginales y anónimas y que inscribe lo político en las escenas cotidianas e íntimas. Sus *Historias del fuego*, publicadas entre 1982 y 1986 toman la gran Historia político militar para volver a narrarla desde una voz que invoca a la oralidad y a lo colectivo de los saberes populares y a lo fragmentario de un discurso no-unívoco.

La hibridez se proyecta de esta manera hacia un horizonte posible de religación de sentidos de comunidad. Esta provee un ingrediente contradiscursivo, entendido como aquello que repone y arrostra el documento de barbarie¹⁷ en el centro del documento de cultura, revistiéndose así de una potencialidad reparadora de la violencia inaugural devenida –siguiendo las crónicas de Galeano– de la Conquista, pero también de los discursos de los Estados-nación modernos y la institucionalización de un canon letrado (cfr. Schwarz, 1994: 27-33).

La impureza latinoamericana se condensa ejemplarmente en los textos de Ramos, Rotker y Gonzalez en la singularidad formal de la crónica y en su potencialidad contaminante de los múltiples límites sobre los que se erigió el edificio de la modernidad latinoamericana: los cortes estéticos que operaba Reyes entre la ficción y la no ficción, lo central y lo ancilar, lo esencial y lo instrumental (1997); por otro lado, los cortes espaciales que la ciudad letrada trazaba restringiendo así el acceso a la palabra (Rama, 2004) y los cortes que ejercían las representaciones

¹⁷ En alianza con la contundente tesis VIII de *Sobre el concepto de historia* de Walter Benjamin, Josefina Ludmer (1994) observa la lectura benjaminiana a contrapelo de la historia como una de las presencias más insistentes en las "máquinas de leer 'fin de siglo': contraponer "a cada poder su resistencia; a cada monumento su barbarie" (1994: 7). Esto le permite también poner en línea de choque los dos últimos fines de siglo como modos de pensar el presente. "Las culturas latinoamericanas de fin de siglo como prácticas de resistencia y de desclasificaciones (y también de duelos y melancolías)" (1994: 24).

políticas excluyentes de los relatos de nación e identidad (Schwarz, 1994). Esta impureza, que la crónica porta y redistribuye en el imaginario social e intelectual de los años '80, se convierte en lugar de resistencia a la estandarización teórica y es espacio para generar una crítica cultural sostenida en el reconocimiento de la especificidad de la experiencia local y abierta a su presencia interpelante.

El resto literario y social, que retorna insistentemente a través del tiempo de las sobrevivencias, encuentra su hora de significación cultural en estos años, reformulándose como resto en tanto ganancia. Julio Ramos propone la lectura de una hibridez irreductible "(...) del sujeto literario latinoamericano [que] hace posible la proliferación de formas mezcladas" (2004: 309), mientras que Susana Rotker la de una "hibridez insoluble" (1992: 201-203) poniendo de manifiesto ambos la idea de una base común que queda, resta sin cristalizar en esencia alguna en la medida en que sólo permanece en tanto reconfigurándose en las derivas expresivas, formales, funcionales que multiplica, y por ende, imposible de ser concedida a esquemas teóricos resolutorios.

La crónica se vuelve en los años '80 material privilegiado en el abordaje del Modernismo, poniendo de manifiesto allí un viraje nodal en sus modos de lectura que contrasta con períodos anteriores. La perspectiva metacrítica permite volver a pasar la mirada sobre esta batería de relecturas de la crónica modernista para observar que, en tanto material a ser especificado, su valor no se construye de manera indiferente a los procesos de transformación del aparato teórico-crítico y a la reconfiguración de los términos en que se piensa una especificidad cultural latinoamericana. Por ubicarse en el inquietante reborde de lo no-incorporable –a un canon, a una obra, a un estatuto de lo literario, a una historia de la literatura–, ha sido el espacio para impulsar el reajuste de parámetros teórico-críticos, absorbiendo las exploraciones de un pensamiento latinoamericano que, en su progresivo vuelco hacia los materiales más heterodoxos del campo, fue redefiniendo sus bases.

El reconocimiento de la crónica como género híbrido y por tal, desatendido en las lecturas del Modernismo, se halla en relación directa a su recorte como objeto significativo y específico para la crítica en esta década, la cual llegará a proponerlo, por esto mismo, como el primer género hispanoamericano (Rotker, 1992). La conformación de esta tradición crítica del género se entrelaza al anclaje notable que el ideograma de la hibridez tiene en la agenda crítica y la forma en que este recorre el campo discursivo poniendo en marcha lecturas interpelantes de la modernidad latinoamericana. Cuando lo latinoamericano comienza a singularizarse y a entenderse la antipureza de las formas culturales desde el gesto político de una reafirmación en tanto expresión de una modernidad periférica y desigual, la tarea que demanda el presente es la lectura en los intersticios.

Bibliografía

Fuentes

González, Aníbal (1983), *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa Turanzas S.A.

Ramos, Julio (2003), *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, [1989].

Rotker, Susana (1992), *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena.

Bibliografía referida

Alonso, Carlos (1994), "Fin de siglo y felicidad", en Ludmer Josefina (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 187-197.

Bielsa, Esperança (2006), *The Latin American urban crónica. Between literature and mass culture*, Oxford, Lexington Books.

Bueno, Raúl (1989), "Sentido y requerimientos de una teoría de las literaturas latinoamericanas", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, nº 29, pp. 295-307.

Cornejo Polar, Antonio (1982), *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*, Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.

----- (1987), "La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias", en Pizarro, Ana. (coord.). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, México, Colegio de México y Universidad Simón Bolívar, pp. 123-136.

----- (1999), "Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, nº 50, pp. 9-12, [1992].

----- (2003), *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima-Berkeley, Centro de Estudios Literarios Latinoamericanos "Antonio Cornejo Polar" y Latinoamericana Editores, [1994].

Cros, Edmond (2003), *Sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT.

----- (2006), *El buscón como psicodrama*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada.

Falbo, Graciela (2007), *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*, La Plata, Ediciones al Margen-EDULP.

Fernández Retamar, Roberto (1995), *Para una teoría de la literatura latinoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, [1975].

Foucault, Michel (2005), *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, [1969].

Franco, Jean (2002), *The decline and fall of the lettered city. Latin America in the cold war*, Cambridge, Harvard University Press.

García Canclini, Néstor (1989), "¿Modernismo sin modernización?", *Revista Mexicana de Sociología*, nº 3, pp. 163-189.

----- (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.

Huyssen, Andreas, (2006), *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, [1986].

Jitrik, Noé (1978), *Las contradicciones del modernismo: productividad poética y situación sociológica*, México, Colegio de México.

Ludmer, Josefina (1994), "El coloquio de Yale: máquinas de leer 'fin de siglo'", en Ludmer, Josefina (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 7-24.

Martín Barbero, Jesús (2001), "Modernidades y destiempos latinoamericanos", *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*, nº 17, pp. 17-34.

Monsiváis, Carlos (1997), *A ustedes del consta. Antología de la crónica en México*, México DF, Ediciones Era, [1986].

----- (2001), "Prólogo. Lo marginal en el centro", en *Entrada Libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, México DF, Biblioteca Era, pp. 11-15, [1987].

Muñoz, Boris y Spitta, Silvia (eds.) (2003), *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh.

Paramio, Ludolfo (1988), *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Pizarro, Ana (comp.) (1985), "Introducción", en *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL.

---- (1991), "América Latina, Vanguardia y Modernidad periférica", *Hispanamérica*, nº 59, pp. 22-35.

---- (2004), *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*, Alicante, Cuadernos de 'América sin nombre'.

Rama, Ángel (1985), *Rubén Darío y el modernismo (circunstancia socioeconómica de un arte americano)*, Caracas, Universidad central de Venezuela, [1970].

---- (2004), *La Ciudad Letrada*, Santiago de Chile, Tamar Ediciones, [1984].

Reyes, Alfonso (1997), *El deslinde. Apuntes para una teoría de la literatura, Obras Completas XV*, México, Fondo de Cultura Económica, [1944].

Richard, Nelly (2003), "Introducción", en Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, pp. 9-16.

Rincón, Carlos (1989), "Modernidad periférica y el desafío de lo postmoderno: Perspectivas del arte narrativo latinoamericano", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, nº 29, pp. 61-104.

Santiago, Silvano (1994), "Os bestializados", en Ludmer Josefina (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 150-163.

Sarlo, Beatriz (1988), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión.

---- (1997), "Los Estudios y la crítica literaria en la encrucijada valorativa", *Revista de Crítica Cultural*, nº 15, pp. 32-38.

Schwarz, Roberto (1994), "La referencia nacional: ¿olvidarla o criticarla?", en Ludmer Josefina (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 23-33.

Williams, Raymond (2000), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península, [1977].

---- (1979), Entrevista con Beatriz Sarlo, *Punto de Vista. Revista de cultura*, nº 6, pp. 9-18.

---- (1997), *La política del Modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial, [1989].